Benjamín Jarnés



Vida de San Alejo

textos.info
biblioteca digital abierta

Vida de San Alejo

Benjamín Jarnés

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 9151

Título: Vida de San Alejo
Autor: Benjamín Jarnés
Etiquetas: Cuento, novela corta

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 10 de septiembre de 2026
Fecha de modificación: 10 de septiembre de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée
c/ des Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en http://www.textos.info

La cuna

Dioses y santos suelen hacerse esperar mucho. La jerarquía —en la tierra y en el cielo— se mide por el número de antesalas.

«¿Eres tú el que ha de venir o esperamos a otro?», preguntaban los judíos al Bautista. Porque al judío —excepto en la Banca— le gustó siempre invertir su tiempo en funciones pasivas. Y esta dócil postura del espíritu fue legada al cristiano, que ascendió la esperanza a la categoría suma de virtud teologal.

A cuya exaltación dedica anchos capítulos *La leyenda dorada*. Para fomentar esta virtud se cultivan las patentes de doncellez o esterilidad de las madres predestinadas; porque el santo o el dios lo son desde toda la eternidad, y su primer empeño es procurarse una cuna original.

Aglae, mujer de Eufemiano, es infecunda. Eufemiano, senador ilustre de Roma, columna de la nueva fe imperial, confidente de Teodosio, sueña con una prolongación de su nombre, de sus títulos, de su oro. Espera un hijo. Lo espera como los hebreos esperaban agua de un risco, codornices de un arenal. Ignora que Dios no obra milagros para afirmar la prole de un burgués, que no se crea un alma fuera de turno, para infundirla en el cuerpo de un futuro senador vitalicio.

Toda Roma conoce y alienta la esperanza de Eufemiano. Su casa está abierta a las viudas, a los huérfanos, al mendigo, al famélico transeúnte, a todo el que prefiere esperar en alguien, sea éste un hombre, un santo o un dios. Con el sestercio, la torta y el puñado de higos secos, se reparte entre todos los miserables, y en menudos fragmentos, la abrumadora inquietud doméstica. Se les pide una oración por el advenimiento del hijo. Desde el amanecer, bulle el palacio de *clientes* que acuden a preguntar cada mañana por el vientre de Aglae. Un mundo de ociosos, de vagabundos está pendiente del útero de la matrona fracasada. Fue inútil arrancar del tálamo la cabezota de pollino consagrada a Vesta, sustituyéndola por la rodaja de oro donde un pez simboliza a Cristo. En vano las hilanderas tejen pañales de tan dudoso destino, prendiendo en el telar jaculatorias,

como jazmines; inútilmente Eufemiano destierra del triclinio el falerno y el salmón, y cubre las mesas de ánforas de agua teñida de vinagre y de puñados de zanahorias. A las risas, a las músicas, sucede el silencio y el ayuno. A la hora séptima, la dulce siesta es suplantada por el rezo, en común, del salmo LXXXVI.

Días, meses, años... Un proyecto de santo original se incuba en las alturas. Faltan modelos nuevos. El camino breve, el rápido acceso a la santidad, no es ya de estos tiempos. Constantino ha corrido los cerrojos de la cámara del suplicio, donde jóvenes audaces, tiernas doncellas, ancianos y adolescentes, se desnudaban para dormirse en plena inmortalidad. Los ecúleos, las monumentales parrillas donde pueden asarse diáconos enteros, los cepos, las garruchas, se venden ya en los bazares de reliquias. El hacha se enmohece, aguardando a algún infiel. La hoguera está apagada, esperando a algún iluminado para hacer de él una antorcha. Las voces del cielo pronto no suscitarán himnos, actas piadosas, sino procesos. Nace la iglesia donde comienza a morir la religión. La cruz no es ya patíbulo, sino trono, joya de senos desnudos. Pierde su nimbo de estrellas por ceñirse coronas de polvo. Reinaba sobre espíritus y ya prefiere dominar los cuerpos. Ya puede, a su vez, alzar cadalsos. Constantino ha muerto. Este catecúmeno —árbitro de la nueva fe, que tanto descuidó ingresar en ella y recibió el bautismo a última hora, como la extremaunción— ha dado el golpe de gracia a la edad heroica, a la genial epopeya cristiana. Ya, para muchos, la fustigada religión es un artículo del protocolo imperial. Se emboza la iglesia en suntuosos brocados, mientras se desnuda de su cilicio heroico. Aquellos ilusorios tesoros de Lorenzo, que excitaron la codicia del tirano, están ya, efectivamente, en las arcas del pontífice. Es posible amar a Cristo entre jaspes y sedas. Los obispos mutilados en los últimos suplicios cubren sus muñones, sus orejas cercenadas, con tunicelas de púrpura, con mitras de rubíes. Están cerrados los rápidos caminos de la gloria. La canonización en grandes masas, como en Sebaste, como en Cesaraugusta, ha quedado suspendida. La estandarización de la santidad va siendo eliminada: es muy aventurado hacer de once mil vírgenes once mil inquilinas del Edén. Comienza, por fin, el santo en singular, a quien —como a Teresa— ya no se le concede la merced de un nimbo, previo el fugaz tajo en el cuello... Sólo algún fiel al viejo sistema —como Savonarola— gritará luego en la calle contra esos cambios de espíritu; o se refugiará en el yermo, como Jerónimo. Comienza el imperio de la infecunda paz en el país de las divinas aventuras. Cesan los héroes, comienzan los burócratas. Ya Roma

asistió a un doloroso espectáculo: ha visto entrar en las catacumbas al primer turista.

Pero acaban de elaborarse dos modelos originales de santo: el de Alejo, el de Agustín. Que van a ser lanzados a la tierra. Una noche, Eufemiano escucha de Aglae la dulce revelación. Cesa el ayuno. ¡Aleluya! Un robusto bebé. ¡Aleluya! Será rico —el cielo sonríe—; poseerá la doncella más lozana de Roma, y un palacio sobre la colina más alta, y una senaduría vitalicia —el cielo ríe a carcajadas—. Al triclinio de Eufemiano retornan el falerno y el salmón. ¡Aleluya! *Clientes*, amigos, hilanderas, peregrinos, hampones prorrumpen en un himno a la Virgen Madre. (Es el antiguo himno a Príapo Invicto, cambiada la letra; porque la música pertenece a un idioma en el que pueden ser cantados todos los dioses. Nunca el esperanto ha de lograr lo que podrá lograr Orfeo.) El rapaz será llamado Alejo, es decir, Defensor. Defensor del Símbolo de Nicea que acaba Osio de estrenar. Así Eufemiano rinde un homenaje al autor de *Meropis* y *Parásitos*, al tío de Menandro. Porque este Alejo, fustigador de Sófocles, es el autor favorito de Eufemiano... (Otro caso genial de esperanza. Murió a los ciento seis años, cuando ya había logrado estrenar, cuando ya había conseguido el premio en el concurso que abren todos los municipios de la tierra para premiar una comedia de algún tío de Menandro.)

Y aquí da fin la prehistoria de Alejo.

La vocación

En el mar de la voluntad divina, los hechos de los hombres son apenas leves frunces. Los de los niños ni siquiera hacen temblar la superficie. Hay en toda vida humana una etapa subterránea, vegetal, de la que no se salva sino algún niño prodigio. El mismo Lucas, cronista de Jesús, se da cuenta de esa verdad, y, cautamente, encierra en una densa bruma la infancia, la adolescencia, buena parte de la juventud de

Cristo. Apenas sabemos que Jesús se perdió un día de feria y fue hallado discutiendo con rabinos. El resto, desde Belén, se concreta en este verbo: «crecía».

También Alejo cruza por esos años domésticos, vegetales, creciendo. Y, como Cristo, «en sabiduría y en edad». Le hallamos hoy en el impluvio, entre rosales, junto al pedagogo, repitiendo su lección de retórica. Ya cortó sus largas melenas de adolescente, ya abandonó su túnica franjeada de púrpura, ya viste la toga viril. Comienza su vida personal. Aglae y Eufemiano están buscando un nombre entre las vírgenes romanas dignas de Alejo. Bosquejan la vida de su hijo, según normas familiares, según la tradición. Dido, Paula, Crisógona... Ricas adolescentes, capaces de conspirar contra la santidad de Alejo. Vendrían alborozadas a compartir el lecho del predestinado. Eulalia, Justina, Marcela... Le preparan una máquina vital sin escape libre de heroísmo, que hará del hijo un modelo de cívica ordenación. Consecuente abonado al coliseo, devoto lector del papa Dámaso, austero iniciador de la sección de ruegos y preguntas en la Cámara. Julia, Faustina, Inés... Oirá misa con el Emperador, a la hora sexta. Se doblará en impecable ángulo recto bajo la protocolaria palmadita de Teodosio. Comprará los libros de Melecio, de Anfiloquio. Evitará el contacto del hipócrita... Porque aún hay en Roma familias ilustres que esconden libros de Juliano, el pedante; que conservan en el lecho conyugal la testa de asno; que desdeñan a Teodosio y no rompen sus Lares. Se esconde en muchas casas de placer, esparcidas en el campo, un ejército de diosas y efebos en reserva, esperando coyuntura para ostentar sus obscenos mármoles en los mismos pórticos de Roma. Y, algo

más nocivo. El veneno maniqueo se filtra en muchos débiles espíritus. Por cualquier grieta de la fe se desliza el tóxico. Alejo será un probo senador cerrado a piedra y lodo a toda opinión nueva, a toda cabriola del espíritu: ese aturdido, ese aventurero burlador que, sobre todo lo ya consagrado y defendido por la ley y el centurión, monta su temeraria cucaña de papel. Será Alejo un senador sin poros.

Y ¿cómo conocer el último reducto del microbio herético? Hay que elegir con tino, porque de entre los mismos amigos de Eufemiano, Gétulo es apotactita. Claudio es sacóforo, Manlio es encratita. Las tres nefandas subsectas de Mani —el otro crucificado— amenazan corromper las almas aún tiernas en la fe. De entre las amigas de Aglae, Lidia es marcionita, Diana es hidroparasta, Dido es catafrigia. Porque siempre retoñan los viejos errores. Aún quedan corintianos, mesalianos, antropomorfitas. ¡Y la gran podredumbre arriana! ¿Dónde hallar hoz tan enérgica que pueda segar en flor tanta víbora? ¿Cómo entregar a Alejo a una doncella atacada, roída, hueca? Si Tertuliano y Orígenes no pudieron mantener su equilibrio ante la diabólica embestida, ¿cómo podría resistir Alejo, tan codicioso de lecturas, tan ávido de sistemas? La herejía es solapada. La elaboran los astutos guerrilleros. Acecha en las encrucijadas, se enrosca, fascina, seduce, arrebata... Es una sutil amante que burla en los recodos a la ingenua fe, a la blanca esposa inerme.

Adriana, Tulia, Sabina... Habrá que ir eliminando los nombres que trasciendan a vergonzosos mitos, a residuos de historia perversa: el de Leda, el de Julia, el de Friné... Roma inaugura en Occidente el imperio de la pacata institución que renovará la faz del mundo: el hogar piadoso. Quizá se derrumbe el poder de Roma, pero seguirá incólume esta nueva estructura: la familia. Alejo será su irreprochable sostén. Hay que licenciar al pedagogo. Alejo es ya capaz de ordenar su vida, sus ideas.

—¡Hijo mío!...

Jorge, Sebastián, Mauricio... Otro rosario, paralelo, de héroes. Alejo, abstraído, no oye a sus padres. Esteban, Pablo, Ireneo... Alejo conoce la historia de estos hombres, sus triunfos sobre el hielo y sobre el fuego. Leyó sus inflamados discursos ante la espantosa caldera de hirviente pez. Salían del interrogatorio con la lengua cercenada y un idioma nuevo, de signos de estrellas, en los ojos. La fiebre de aquellos pechos ha prendido en él. Todo su cuerpo es una pequeña cosa trémula ante tan duras victorias.

—¡Hijo mío!...

Ve el cuerpo de la virgen Tábula, aserrado por el talle; los senos de Águeda en el suelo, como piezas rotas de armadura, que dejan desmantelado el pecho, abierto de par en par el corazón; los pies de Jorge, embutidos en zapatos de hierro al rojo; a Blandina, partida a lo largo en dos... Alejo sueña con añadir sus piernas y sus brazos a la sangrienta pirámide por donde se escala el cielo; pero ya la santidad no es una súbita palma traída por un ángel, sino diadema forjada hora por hora, día por día, en los yunques del mundo.

—¡Hijo mío!...

Getulia, Cristeta, Lais... Que sigan arrojando nombres a la ruleta donde se juega la santidad de Alejo. El pedagogo, punto neutro, ha quedado dormido. Alejo ha abierto un rollo de las Actas Apostólicas. Se está derrumbando una cultura y es preciso adquirir, precipitadamente, otra. Toda Grecia es sombras, toda Roma es cieno. El pasado de la inteligencia está sumido en las tinieblas, y hay que encender rápidamente nuevos astros. La juventud, ávida de conocer su verdadera herencia espiritual, no se resignará a haber venido al mundo con las manos vacías, o llenas de escorpiones. Un nuevo orbe mental ha nacido, no después de lentas concepciones, sino de improviso, caído del cielo. La Iglesia, en estos primeros años de entrenamiento, sin esos ocios donde fermenta el genio, ha producido obras precipitadas, insuficientes. No bastan las epístolas paulinas. Son difíciles de adquirir los libros de Ambrosio, de Cirilo, de Hilario, de Eusebio, de Clemente. Los tiranos destruyeron muchos rollos. Circulan copias plagadas de errores. No hay apenas eruditos que den luz... Queda la Escritura, pero el duro estilo de los profetas abruma al mismo Agustín. Y los ejemplares son escasos. El idioma hebreo es casi desconocido, no todos conocen el griego. No se han publicado ediciones en latín. A la opulenta herencia clásica sólo pueden oponerse algunos rollos encendidos en celo polémico...

—¡Hijo mío, Alejo!...

No leerá más libros. Le dan miedo los antiguos: el obispo Ireneo dice que Platón es la fuente de todas las herejías. Le dan tristeza los nuevos, porque cree que, leyendo a Platón, conservaría mejor la fe que leyendo opúsculos del santo varón Pinito. Y abundan los Pinitos. Pero Platón es

eliminado por la inflexible autoridad de los pontífices, como más tarde, en París, será repudiado y quemado Aristóteles, y luego admirado y comentado. Porque, fuera del dogma, la Iglesia conserva el don de una oportuna flexibilidad: si un papa condena a Virgilio, otro le traducirá, amorosamente.

—¡Piensa, hijo mío!...

Alejo es dócil. Rechaza todo lo que el pontífice rechaza. Acude donde le llaman... Ha nacido en el tiempo de un implacable desquite. Cristo vence a Júpiter. Acaba de sonar el noveno golpe. El mundo aplaude a un nuevo campeón divino. Alejo le sigue, deslumbrado.

Y despide al pedagogo, furtivo contrabandista de ideas. El pedagogo se va, lleno de pesadumbre; no por perder un sueldo, sino por perder un satélite. Es antropomorfista oculto y cree haber hallado un aspecto original del antropomorfismo: una subsecta. Es tiempo de incubar religiones, y espera del dócil Alejo un primer discípulo. Pero Alejo no aprendió del maestro el culto a la plástica y libre danza del concepto. Rechaza las formas engañosas, los reluces, las irradiaciones. Releerá el tratado de Clemente *Del rico que desea salvarse*, se entrenará en el desprecio del mundo, en el desdén de los graciosos perfiles inanes. Aunque escondiendo su desprecio y su desdén bajo los terciopelos familiares, bajo sonrisas y perfumes. Bajo su muelle toga viril esconderá el duro cilicio.

—¡Hijo mío, Alejo!...

Primer cilicio

—Señor, un cilicio no es nada. Comienzan las rebeldes púas por olvidar su piadoso papel mortificante, y se complacen en provocar voluptuosos cosquilleos que acaban por despertar el deleite. No se conocen nunca los últimos secretos de la voluptuosidad. La carne se enciende igualmente con un roce de sedas que con un roce de esparto. ¡Un cilicio, Señor, no es nada! Acallado el ímpetu cósmico, la esquiva trama se va acomodando a los lomos, va abriendo definitivos surcos, endureciendo lentamente la piel: piel macerada que desdeña poco a poco los agravios de la seca túnica vegetal. La carne, Señor, es muy dócil. Sólo el espíritu vive en perpetua rebeldía. ¡Un cilicio, Señor, para el espíritu! Está el cáñamo, hay finos cordeles que abren surcos en la carne, delgados alambres que rasgan la piel, que deforman, que rompen el complejo apolíneo... Pero todo acaba por pactar con la materia. Hay espinas de hierro, pero con ellas es preciso operar discretamente. Taladran la piel, penetran en lo más íntimo; pero provocan llagas imposibles de curar a hurtadillas; quebrantan el ritmo del paso, delatan al presumido aprendiz de anacoreta. Las puntas de hierro no soportan el incógnito. Y un cilicio que rompe el incógnito es mucho más soberbio que una capa de armiño. Para destruir la tersura de la piel, para rayarla y deformarla, para enturbiar ese espejo vanidoso donde el espíritu —eterno colegial— naufraga, basta con el cáñamo y el esparto. El cuerpo debe andar erguido, como un mástil, por los movedizos caminos de la tierra. Que nada quiebre el ritmo de los músculos motores; que nada denuncie esta lenta riqueza de santidad, acumulada grano a grano, porcentaje muy estricto de la gracia: divino capital depositado en el Banco Invisible... ¡Señor, un cilicio no es nada! —piensa Alejo—, pero si estos amigos sospechasen de mi atuendo íntimo, toda Roma conocería sus chanzas, y mi pequeña labor de penitencia sufriría enojosas desviaciones. El cilicio soporta bien las tinieblas. A la luz del día, me llenaría de inútil rubor. ¡Un cilicio para el alma!

Alejo es todo lo opuesto al Estilita, a quien no conoce. Simeón se encaramó, a una pilastra, donde inauguró un espectáculo de santidad aparatosa. Alejo sigue opuestos caminos. Será santo por méritos de paz,

no por oposición reñida, no en acción de guerra. Ese declamador escalatorres no nos ofrece un ejemplo muy claro de la voluntad divina que, a pirámides, prefirió siempre catacumbas. Alejo no se alzará en ningún camino; prefiere deslizarse por él, calladamente. La verdadera originalidad es, quizá, entregarse a las fuerzas desconocidas; no oponerles diques, sino trocarse en fina arcilla, en agua diáfana, para las ánforas de Dios.

Alejo sigue en silencio a sus tres amigos: Lampio, Sedulio, Dictinio. Hijos de ilustres patricios, quizá futuros consejeros del Imperio. Hablan de la última aventura de Lavinia, la disoluta esposa de Joviano, que bailó desnuda sobre una mesa, entre los marineros de Ostia... Alejo se va quedando atrás, teme haber caído en una trampa. Los tres amigos charlan sin preocuparse de Alejo, que les sigue cortésmente. Al pasar por un templo de María, que fue de Diana, Sedulio inicia un escabroso tema: el de la virginidad de la Madre de Cristo. Sedulio es coliridiano. De las dos ramas de discípulos de Apolinar, hoy perseguidas duramente por Dámaso, el pontífice, la antidicomarista niega la virginidad, pero la coliridiana sólo la mixtifica. Convierte a María en una nueva diosa, y le ofrece rubias tortas, como a Cibeles. Dictinio es sacóforo, aunque no se atreve a vestir su pintoresco uniforme de hereje sino en la intimidad. Lampio es bibliómano. Ha leído el tratado de Julio Fírmico, *Del error y falsedad de las religiones paganas*, y lo compara con el *Tratado de la perfección espiritual*, de Diádoco de Foticia. Mientras compara, compulsa y compila, el error —como la verdad— resbala por él.

—Dicen que Epifanio, el obispo de Salamina, acaba de escribir un bello libro, el *Panarium*. Lo he mandado copiar. Refuta todas las herejías: es un verdadero estuche de contravenenos. Pero nadie como Ambrosio, como los yámbicos de Gregorio Nacianceno, como Efrén.

Sedulio defiende tímidamente los versos de Apolinar, el padre, el primer poeta del mundo que comenzó a escribir la Biblia en verso. Llegó hasta las pollinas de Saúl. Y al hijo, discípulo de Platón, que también escribió sus *Diálogos*. Sedulio —como los dos Apolinares— siente la nostalgia de las letras antiguas. Como Jerónimo en su primera etapa, lee a Plauto para consolarse de sus culpas.

Alejo les sigue, autómata, perdidos los ojos en un mundo invisible. Penetran en las termas. Un poeta —llamado *Crisólogo*, por burla— recita hoy sus hexámetros. Dictinio lo sabe, y, cautamente, va empujando hacia allí a los tres amigos. Crisólogo divierte a unos bañistas y exaspera a

otros, que no pueden huir por estar desnudos. Dictinio concibe una idea diabólica... Cuando Alejo se da cuenta del espacio y del tiempo, ya han entregado al *capsarium* sus joyas, ya han entrado en la antesala del *tepidarium*. Es imposible retroceder. Lamio está ya desnudo, los otros dos le imitan, perezosos, lentos. Otras tardes pudo torcer el camino, pero hoy cayó en el cepo. Los tres amigos están ya desnudos, pulido el cuerpo, oloroso a menta, juvenil, inquieto, con la graciosa agilidad de un fauno, de un gladiador que se entrena... Y Alejo titubea. Sedulio y Dictinio le miran, socarrones. Nunca han visto desnudo a Alejo. Sedulio piensa en alguna lacra inconfesable. Lampio recuerda a Térsites. Dictinio, adorador del bello perfil, mira y remira aquel cuerpo, constantemente escondido bajo la toga.

—¿No te desnudas?

Es prematuro descubrir a los hombres la santidad de Alejo. Cruje el esparto bajo el lino orlado de escarlata. El esparto no ha de ser un clarín denunciador de tan extraña norma vital. La santidad es algo misterioso; como la virginidad, tiene membranas tan sutiles, tan en lo remoto ocultas, que el solo anuncio de una desfloración ya es una tortura. Tiene la santidad un mecanismo tabú del que sólo los dioses poseen el secreto. Como el paisaje pintoresco, suele ser enemiga de la higiene. El alma bienaventurada y el alma pintoresca —en el siglo xx, y en un rincón de Europa, se llamará *castiza*— prefieren no despojarse de su humilde, de su olvidada envoltura: son enemigas del cuerpo. Y de la poda. La hiedra, el musgo, la túnica, el esparto vil pueden así esconder mutilaciones, úlceras, surcos vergonzantes, brincos menudos hacia la santidad.

Alejo, al fin, es vencido por los tres camaradas. No puede huir. Aún forcejea, tímido. Piensa al punto en que la santidad no se defiende con los puños... Se deja hacer, se deja arrancar la toga. Verán, llenos de horror, un cuerpo gris, color de camello, cerdoso, arrugado como el rostro de un decrépito; verán una cintura ceñida por recia soga, un pecho y un dorso acribillados por la disciplina, surcados de venillas rojas... Se asustarán, huirán: así le dejarán tranquilo.

Cae el último lienzo. Alejo queda, al fin, desnudo. Suenan tres gritos de estupor:

—¡Apolo!

—¡Sebastián!

—¡Alcibíades!

Un hombre, un santo, un dios. La desnudez de Alejo se yergue como un lirio. Sus piernas, columnas de marfil; su vientre, recogido; su grupa, musculosa; su espalda, ancha llanura ondulante; sus hombros, redondos, capaces de sostener un largo friso de algún templo de Diana; sus caderas, robustas, capaces de resistir sin abatirse el peso de dos vestales ebrias... Y sus ojos, azorados; y sus manos, trémulas, que buscan en vano las huellas del cilicio, el cilicio mismo, fugitivo de aquella carne sometida a régimen de santidad. De la santidad, sólo queda el olor, un fino olor que los aturdidos camaradas confunden torpemente con un perfume de nardos. Olor de santidad, que se esparce por las termas, que se difunde por Roma, que aspirarán lánguidamente las jóvenes patricias de doncellez inquieta, incluidas en el rosario de Aglae. Pronto llegará a todas la noticia de la magnífica juventud de Alejo, hecho ya espectáculo pagano, punto de mira de los ojos húmedos de tanta adolescente. Duro régimen de santidad, traducido milagrosamente a un incisivo perfume carnal, espuela dulce de vírgenes y viudas.

Pero la santidad de Alejo sigue guardando su incógnito.

El tálamo

Ya el matrimonio romano es algo divino. Al pasar a la jerarquía de sacramento, una boda devino tan severa como un funeral. Adriana —Adriática la llama algún compañero germánico del siglo XIII— ya no viste los velos de color de llama de las antiguas patricias, sino el púdico velo blanco de las vírgenes cristianas que van a dejar de serlo. La llama se ha refugiado en los ojos, impacientes por cerrarse bajo los labios de Alejo. Ojos húmedos, codiciosos, tiernos. Adriana —la elegida— ya no cruzará el umbral de la casa de Eufemiano, en volandas, como sus ilustres abuelas: rito gentil, ya abolido. Cristo ha resucitado. Constantino vio la cruz de fuego. Se han desvanecido los antiguos prejuicios. Otros nuevos se han esparcido por el mundo. Ya a la novia no le herirán las miradas del lindo esclavito, compañero de alcoba del esposo, dulce camarada, hoy licenciado, blanco de las burlas del cortejo nupcial.

Adriana está ya dentro del hogar de Eufemiano. Alejo se deja llevar como un muñeco. Ha pronunciado un sí ante el pontífice. Ha recorrido gravemente el camino del templo a su casa, rodeado de sus amigos, precedido de curiosas muchachas e infantes; ha escuchado doce epitalamios en verso y siete en prosa, imitados de Séneca y de Ovidio, con menos hondura y picardía; ha escuchado los consejos de nueve senadores vetustos, de tres acartonadas viudas. Alejo se deja dócilmente manejar. Preside el banquete, junto a Adriana: un banquete donde no asomará Alcibíades, sino Pablo. Las flautistas, antes semidesnudas, van hoy vestidas de lana roja hasta los pies. Las bailarinas, antes totalmente desnudas, llevan hoy una túnica que les roza el peroné y el radio. Y se ciñen la frente de azucenas en vez de los antiguos mirtos. Sólo la rosa sobrenadó en la mudanza, y sigue triunfante en los retablos de Cristo y en las aras de Afrodita.

Adriana es esposa de Alejo. ¡Aleluya! Avanza la fiesta. Están ya las ánforas vacías. Caen a tierra jazmines arrugados, hay violetas deshojadas en todas las copas. Cadáveres de rosas se mezclan con despojos de langosta. Los convidados se recitan al oído epigramas de Marcial. Las

muchachas repiten los rojos hexámetros de Ovidio. Las maduras patricias recuerdan, con los ojos entornados, la anécdota de las termas, golosamente comentada por Sedulio. Cibeles vuelve a la tierra. Cuando la carne, un poco adulada, penetra en la fácil región de los deleites, al punto busca algún diosecillo complaciente con quien partir su júbilo. Momentos de transición, en que se acaba de escuchar a Pablo y vuelve a oírse la voz de la adusta Juno. Los espíritus vacilan entre dos ejércitos de dioses, y mezclan —tras frecuentes libaciones— a Minerva con Orígenes, a Ganimedes con el dulce apóstol Juan.

Alejo se deja empujar, empujar por dedos invisibles. Lo más suntuoso de Roma le circunda. El Emperador se dignó otorgarle un ósculo de paz. El Papa, su bendición. Un coro de senadores le aplaude, un coro de doncellas le sonríe, un coro de matronas le desea, un coro de muchachas baja los ojos ante aquella radiante juventud... Alejo tiembla bajo su camisa de esparto. Comienza a dudar de su ángel custodio, porque ha llegado la hora de escuchar alguna voz celeste. En todo el día —un día definitivo— no oyó *voces*. Se dejó empujar por sus padres, por Adriana, por el Papa, por el Emperador. No sintió los nudillos del ángel.

Pero no se impacienta. Repite el salmo favorito:

—*In te, Domine, speravi. Non confundar in œternum*.

Poco después, un cuerpo virginal, estremecido, aguarda totalmente desnudo... («*qui en son lit estoit conchie toute nue*»... Tu juglar del siglo XX, encantadora Adriana, quisiera evitarte este sonrojo; pero, ante todo, hoy quiere ser fiel a sus queridos camaradas del siglo xi, del siglo xii, del siglo xiii, del siglo xiv). Los comensales ebrios recorren ya las calles de Roma buscando —miméticos— un tálamo provisional donde dar fin a la fiesta. El sacerdote traspasó ya el umbral, repitiendo el Benedicite. El grupo de doncellas ha salido en silencio, ardidos los ojos, trémulos los pechos, inquietos los pulsos —*Adolescentulœ dilexerunt te nimis*, Alejo!—. Las matronas se despiden como quien abandona un espectáculo al subir el telón. Aglae y Eufemiano besaron a Adriana ya tendida en el tálamo como sobre una platina de experiencias.

¡El tálamo! Alejo sigue oyendo a sus amigos la gran noticia. Ha surgido la maravilla del siglo: ¡Agustín, Agustín! Acaba de perder en Ostia a su madre, la santa viuda Mónica. ¡Agustín! ¡Adriana desnuda! ¡Pablo ha resucitado! La Iglesia recibió de Cristo su periódica remesa de tropas de

refresco. Un caudillo nuevo encenderá la tierra. ¡Adriana desnuda, blanca, temblorosa! Agustín renovará el orbe cristiano. ¡Tálamo, misterioso como un sepulcro, sagrado como una cuna! ¡Patíbulo del ensueño! El espíritu burocrático de la corte imperial será barrido por el genial empellón de Agustín... ¡Adriana desnuda! Agustín ha bajado a la tierra. ¡Tálamo, dogal, contrato, norma! De ti surgen las taras, los escotillones por donde el individuo se desploma. ¡Agustín! ¡Adriana desnuda! De ti nace el crimen, de ti la jerarquía, de ti los modos de nutrir la soberbia de los vacíos de espíritu. ¡Agustín ha bajado a la tierra! Por él cantó Ambrosio el primer *Te Deum*. ¡Adriana espera! La Iglesia halló su verdadero esposo, *su más alto caudillo*. ¡Agustín! ¡Adriana desnuda! Inteligencia y amor, nivelados en un hombre. ¡Aleluya! Pobre tórtola inquieta! ¡Agustín, campeón! Agustín, general de las huestes paulinas. ¡Adriana desnuda! Ha encontrado la Iglesia su verdadero pulso.

Un caudillo, no un soldado más. ¡El tálamo! ¡Pablo resucitó! Con más brío, con mente más clara, con inquietud más alerta. ¡Adriana está esperando! Tálamo: grillete, casillero, tenaz centinela de la vida. El hombre partido en dos. Su voz encarcelada en un hogar... La voz de Agustín resonará en toda la tierra. ¡Agustín, azote de herejías! Y el esposo mecerá una cuna. Agustín, genial arquitecto de la Ciudad de Dios. ¡Adriana desnuda! Alejo, ordenador de un hogar, de un poco de tierra, providencia de unos pocos vagabundos. Agustín, íntimo, confesándose a todo el orbe. ¡Adriana, desnuda, recibiendo en un ángulo del orbe, la confesión de Alejo! Enterrar en el lecho compartido todo su afán de heroísmo original. Vender la santidad por un mezquino plato de deleites. De todos los suyos, ha hecho Agustín un minucioso recuento, subrayado de lágrimas, y lo lanza al mundo con el ímpetu de David, con la suprema gracia del divino hondero. ¡Adriana desnuda! Habrá siempre en su vida una mujer interventora. Débil espíritu que sólo quisiera ser juguete de Dios, será quizá muñeco de una hembra. *Mulierem fortem, quis inveniet? Procul*... Sí, muy lejos, en el último confín. Hay una mujer fuerte, Mónica, que acaba de derramar en Ostia su última lágrima. Hay otra mujer fuerte que no morirá nunca: María. Alejo irá a buscarla. Una mujer que al pie del divino Reo, *stabat*. ¿Conocéis el brío de ese *stabat*? Hay una mujer fuerte, María. Hay un espíritu robusto, Agustín. ¡Adriana desnuda! ¡Pobres ojos que aguardan el espectáculo de las termas! Pobre carne curiosa de sentir el contacto de un poco de nada palpitante. ¡Pablo ha resucitado! ¡Aleluya!

Se arrastran torpemente las voces de los íntimos. Eufemiano, ya vacilante,

sigue enumerando maravillas:

—Éste es de veinte años. Cécuba legítimo. Las riberas del Volturno no lo dan mejor. Veinte años. No hay falerno más puro. Seco, con un poco de miel de Himeto.

Otra copa.

—La última.

Alejo tiembla. ¡La última! Tambaleándose, beben, se despiden, sonríen, se van. ¿Y *las voces*? Alejo, juguete de Dios, desamparado, angustioso, detiene un momento a Sedulio, a Dictinio... Pero también se van, zigzagueando. Lampio se le duerme en el umbral. El perro le lame, le despierta. Lampio, al fin, desaparece. Y Eufemiano, después de una tartajosa letanía... Aglae, lloriqueando, se lo lleva.

¡*Las voces, las voces*! Conocer en seguida el camino. Alejo ha quedado solo, en medio del desierto. ¡La voz de Saulo, la voz de Agustín! Adriana está allí, cruzada en medio de la ruta, desnuda, blanca sima. Alejo emprende su viaje. Da con los nudillos en la puerta, contesta una voz suave, estremecida. Alejo se sumerge en un río luminoso. Blancura de los linos intactos, blancura de los muros, de las rosas, de las sedas. Y en medio de aquella blancura, un poco de rosa, unas negras pestañas eléctricas, un guiño de púrpura. Alejo se acerca. Tembloroso, mudo, alarga a la doncella un cinturón de grana, cuajado de brillantes. Y un anillo de oro del que brota la centella de un rubí. Todo envuelto en un rico paño escarlata. Adriana titubea, balbucea palabras sin sentido, teme coger la ofrenda. Tiene el brazo desnudo, está toda desnuda. Alejo, *mout la vit blanche et tendre, bien faite et parcreüe*... Pero Adriana ha de obedecer a una leyenda, como Alejo obedecerá la voz de Dios que ya suena en lo remoto, delgada, hilo finísimo que perfora las sienes. Del mar de espumas, surge un poco de Venus, un brazo, redondo, caliente, primoroso. Mástil florido de senderos azules que invitan a sumirse en la barca de Afrodita. El *vergel cerrado* lanza su tallo de mirtos, como un cartel de desafío. De la *fuente sellada* arranca un tembloroso surtidor: dulce llamada a romper los siete sellos. La voz crece, se acerca, apremiante... Alejo siente el cálido roce de los mirtos; por un momento, el trémulo cable le pone en comunicación con la tierra. Alejo besa las puntas de aquel ardiente pararrayos por donde, en silencio, fluye la encarcelada inquietud de una novia. El brazo está allí erguido, siempre dulce, apremiante. Alejo murmura

unas palabras:

—Me cambiaré de traje.

Y sale bruscamente. Va a arrancarse el esparto que ciñe su vientre, sus muslos, su pecho; a romper las finas cuerdas de cáñamo, los alambres, todo lo que le deja su piel convertida en una huebra. Va a esconder su traje de pecador. Adriana aguarda un hombre, no un santo. ¡Cilicio del espíritu, ven a reemplazar este feo cilicio de la carne! Alejo recorre la casa, como un sonámbulo. Entra en su aposento. Maquinalmente se despoja del traje nupcial, se viste uno pardo, el que emplea para recorrer los suburbios repartiendo limosnas; recoge unas monedas, unas joyas... Adriana, impaciente, susurra el Cantar: Sus ojos como palomas junto a los arroyos de las aguas... Sus labios como lirios que destilan mirra... Alejo tropieza, al salir, con un siervo dormido; con otro, ebrio, que va dando traspiés, que embiste los muros, desgreñado. Otros duermen en el regazo de las doncellas de Adriana. Sólo el perro le conoce, le despide, como otras noches: el perro desconoce el vino y el tálamo. Alejo traspasa el umbral, sacude su calzado... Adriana susurra el Cantar: Sus manos como anillos de oro engastados de jacintos; su vientre como claro marfil... La ciudad, negra, muda, recibe a Alejo en sus entrañas, se engulle para siempre al hijo de Eufemiano. De él hace una sombra sinuosa, vacilante, que va aguzando el oído... ¡Agustín, Agustín! Hay en Ostia una ventana que ha enmarcado a los dos, al hijo y a la madre. Ostia. Puerto. Umbral del orbe. A lo largo del Tíber van y vienen barquitas. Alejo se hunde en una de ellas, se cubre los ojos con las manos. El frescor del agua le envuelve, le acaricia, le va borrando fantasmas... Sus piernas como columnas de mármol, fundadas sobre basas de oro fino; su aspecto como el Líbano, escogido entre los cedros... El fornido marinero abre la mano, recoge las monedas, un nombre: Ostia. La barquita se desliza río abajo, río abajo... Su paladar dulcísimo y todo él codiciable: Tal es mi Amado, tal es mi amigo, doncellas... Roma es ya sólo una negra mole, donde culebrean serpentinas rojas, antorchas sinuosas que salen de alguna orgía. ¿Adónde se fue tu Amado, oh la más bella de las mujeres?... Alejo se va apretando el corazón... ¡Un cilicio, un cilicio para el alma! El río le pasa las manos por la frente, le suaviza, le calma la fiebre... ¡Adriana desnuda! ¡Agustín!... Mi Amado descendió a su huerto, a las eras de los aromas, para coger los

lirios... Roma se ha borrado. Sólo el río, y el cielo claro, y una vida encauzada, y Alejo dormido, arrullado por sus voces... ¡La voz de mi Amado! He aquí que Él viene. Saltando sobre los montes, brincando sobre las colinas...

Periplo

Ostia. Puerto, almacén, feria permanente de Roma. Colector de rutas perdidas, punto de arranque de evasiones.

La barca de Alejo se pierde entre las panzudas galeras cargadas de aceite, de trigo, de fruta, de perfumes. Esclavos de bronce, en traíllas. Esclavas rubias, en manojos. Aquí Paris a cualquier hora puede entregar su manzana.

Hombres de Grecia, de España, de Cartago, de todo el mundo, que afluyen a Roma, la sirena; que huyen de Roma, la soberbia.

Alejo se asoma al gran camino donde no quedan huellas. No huye de Roma, no huye del mundo: huye de sí mismo. Una onda salina le refresca las sienes. El barquero le saluda y se va. Alejo queda solo, frente a un abanico de senderos.

Por fin, solo.

Pero sus gentes están cerca; le seguirán, le acosarán. ¡Un navío! ¡Un navío!

Hileras de siervos semidesnudos, cargados de cofres, con literas, van cayendo en las lanchas. Alejo se suma a unos esclavos, toma un rollo olvidado de tapices, avanza tímido, cae también en una lancha, sube a un navío, se esconde en una bodega. ¿Adónde?

Se siente remover, arrastrar. El navío abandona el puerto. Alejo se ahoga, espera la noche, sube a cubierta, medroso, inquieto. Todos duermen. Alejo se hinca de hinojos bajo la luna, frío tragaluz de los cielos.

Y la luna le sonríe como una cortesana. Le tiende un brazo, un brazo redondo, caliente, primoroso. Lozano recuerdo del tronco mutilado de Diana. Cordón mágico que quiere atraer al fugitivo a algún tálamo de estrellas.

Súbitamente, Adriana se asoma por el frío tragaluz. Adriana desnuda, desgarrada, sollozante, desfallecida. Estupefacto, Alejo aparta sus ojos del cielo, que le traiciona, que se le burla. Un brusco zarpazo del viento obliga a la luna a recoger el brazo en su embozo de nubes. El mar, como el Tíber, pasa una esponja por la frente del fugitivo.

Alejo se postra en la cubierta. Cuando de nuevo abre los ojos los posa en el mar un poco huraño, que castiga al navío con una tanda de azotes por brincar sobre sus lomos como un niño. Un látigo de rosas, como el de Venus Enojada. El fugitivo ve llegar hasta su frente una guerrilla de espumas, tropel desnudo de muchachas. Una blanca cenefa de senos amenaza apresar el navío, cinturón de Anadiómena.

Están allí todos los que vio temblar Ulises, ausente de la casta Penélope que hoy solloza en Roma. Un rollo de Homero, leído en el impluvio, se va lentamente abriendo por el pasaje de Circe. Y otro de Virgilio, por el pasaje de Dido.

Alejo, aterrado, despavorido, quiere cerrar los ojos; pero se los abren unos dedos afilados como puñales. Un brazo redondo, caliente, primoroso, ha surgido del mar, de entre la guirnalda de senos. Quiere arrastrar a Alejo hacia el palacio de coral donde aguarda la Hechicera.

Un jadeo, un ahogo, una sed de llorar, de morir, acomete al fugitivo. De nuevo las olas le pasan por la frente su esponja salina. Cuando abre los ojos, una mano de gigante ha alisado la llanura inquieta, ha borrado el blanco relieve. Dido ha recogido su brazo en el embozo de encaje.

Alejo persiste en la oración. El cielo y el mar cuchichean, parlamentan, deciden, al fin, perdonar al fugitivo. Le tienden escalas de estrellas, peldaños de espumas, para que sus pobres ojos torturados recorran la región insondable hasta golpear en las puertas eternas. Todo está ya purificado de antiguos dioses.

Alejo reposa. Duerme. Su cabeza descansa sobre un atadijo de sogas, sus piernas rozan un objeto borroso, movedizo. Sueña. El cielo y la tierra perdonan, pero en la región del sueño promueve Dido un tumulto espantoso. Un ejército de brazos hiende el aire. Valla de marfil, brazos redondos, calientes, primorosos, que le ciñen, que le sofocan. El más audaz le sujeta el cuello. El fugitivo da un grito, abre los ojos.

Allí está la esclava —el rollo movedizo—, sonriendo, implorando una caricia. De entre el montón de ajuares brota, pidiendo la limosna placentera, un brazo redondo, caliente, primoroso.

Alejo, consternado, se hunde en la bodega. La esclava, creyéndole un loco, ríe a carcajadas, toda desnuda sobre los cofres, tendiendo las manos a la luna, ofreciéndose como un cascabel de bronce para la túnica de fiesta de Tanit.

...Una mañana, se detiene el navío. Le arrojan de él, como otro fardo. No pregunta dónde está, pero alguien a su lado pronuncia el nombre de Laodicea. Anda errante por las calles, lejos del puerto, lejos de todo torbellino humano. Recorrerá el mundo a pie. Duerme en el quicio de un templo. Una mañana echa a andar. No sabe adónde va. Una tarde divisa otra ciudad, penetra en ella. Alguien pronuncia el nombre de Edesa. Camina al azar. Ve abierto un templo, penetra en él, y allí —¡por fin!— encuentra la mujer que busca, que también le tiende un brazo, pero en él se sienta un niño. No es ya un brazo desnudo, sino pudorosamente vestido de lana azul. Alejo se arrodilla y reza. *Janua Cœli*! La puerta está allí; la mujer fuerte, en el umbral. Alejo esperará verla abrirse. Días, meses, años... Por la menor rendija se filtrará, se evadirá del mundo.

...Días, meses, años. Todas sus joyas vendidas; su traje, su dinero, se han distribuido entre los miserables. Alejo, harapiento, quedó trocado en un mendigo. Si alguien le da pan, come de él un trozo, y el resto lo ofrece a algún otro mendigo. Cambia de rostro, de voz, de color. Ha perdido gallardía, es un despojo ambulante. Ya está casi maduro para la eternidad.

Un día, en una plaza, encuentra a Calpurnio —su jovial repostero—; a Lépido, el hijo del ayo, su joven camarada de la infancia. No le conocen. Le preguntan por el esposo de Adriana, por el hijo errante de Eufemiano. Alejo no contesta. Calpurnio le da limosna y, creyéndole mudo, no insiste y se va. Alejo les sigue.

Y así conoce el dolor de sus padres, la desesperación de Adriana, la sorpresa del Emperador, de los amigos. Eufemiano envía sus criados por todo el Imperio. Han encontrado huellas. En Ostia. En Laodicea. Vienen a Edesa... Aglae se cubrió de ceniza, se negó a comer hasta encontrar el fugitivo. Y Adriana, enlutada, llorando. Desconsolada Penélope, hembra desdeñada cuyo deseo se le acurruca fatigado en el regazo, perrillo cansado de ladrar.

Alejo se refugia ante la Virgen Madre. Allí el temible brazo se esconde siempre bajo su funda de lana. Alejo dócil, sumiso ante María, sigue mendigando por las calles de Edesa, repartiendo lo que no exige para mantenerse en pie su esquelético organismo.

Pero la Virgen Madre le denuncia. Habla, como a tantos fieles, con ese ingenuo idioma que conocen Bernardita y Juana de Arco. Una noche, el acólito —¡camaradas medievales, sed testigos!— se ve llamado por su nombre. María se le presenta, como en las grutas; dice sencillamente:

—Alejo es santo.

Al otro día, Alejo es popular. Tan popular como el ilustre campeón de alturas, Simeón el Estilita. Nadie resiste a una tal consagración. Ya la Iglesia tiene dos favoritos: Agustín, para las minorías selectas; Alejo, para el gran público.

Un turbión de miserables acude a destrozar al nuevo santo. Algún vagabundo se propone arrancarle a trizas el saco de arpillera que le cubre, para revenderlo más tarde a los rezagados burgueses. Otros se contentan con briznas de esparto del cilicio. Alejo es un mártir del fervor multitudinario.

Cien brazos suplicantes, *inofensivos*, se le alzan en torno pidiendo una oración, un mendrugo, un arambel. Alejo huye despavorido. María fue demasiado generosa. Alejo, lector un día de Platón, teme la popularidad; lector hoy de Ambrosio, es amigo de la casta virginidad, y la plebe amenaza con dejarle desnudo.

...Un día le llevan un niño agonizante. Alejo se niega a imponerle las manos. Otro día, le traen una doncella endemoniada que blasfema a gritos de la Virgen Madre, que amenaza morder a Alejo. El signo de la cruz sobre aquel espíritu frenético, refugiado en un cuerpo delicioso. La doncella se calma, cae de rodillas, alza su brazo suplicante, un brazo redondo, caliente, primoroso.

Alejo, despavorido, echa a correr, dejando absortos a los espectadores. Alejo es el perenne fugitivo. Irá a Cilicia, irá a Tarso, a meditar en las palabras del Apóstol. Se despide de la Virgen Madre, sollozando, sin reprocharle tan generosa indiscreción.

Y de nuevo se entrega al mar. Una noche se desliza entre dos barriles de aceite. Otra vez la luna, otra vez el mar, pero sin cabriolas placenteras, sin guerrillas de senos, sin blancos hombros desnudos; otra vez esclavas en la cubierta, pero envueltas en albornoces color de plomo, de piel negra, sin cebo. A una de ellas la arrebatan las olas. Alejo reza por ella, por todos los pasajeros. Porque una furiosa tempestad juega a la pelota con el navío. Por la oración de Alejo es sofocada. Y todos los pasajeros aclaman al santo mendigo.

Pero los vientos son volubles y, olvidando el narcótico divino, azuzan contra el viento sus perros más hambrientos. Y los pasajeros, también volubles, amenazan a Alejo con tirarle al mar.

El navío zozobra, la fe zozobra, como en Tiberiades. Alejo duplica sus plegarias, y el navío resiste los embates, pero, ya perdido el timón, va perdido, misterioso. Nadie sabe adónde va. El juguete de Dios rebota sobre el agua, buscando un muro.

El hambre aprieta, la sed tortura... Una mañana, los tripulantes lanzan su grito legendario:

—¡Tierra!

...Ostia. Puerto, almacén, feria permanente de Roma. Punto de arranque de evasiones, colector de rutas perdidas. Alejo arroja su popularidad al agua, como un calzado estrecho. Y con ella su rostro, su voz, su gentileza. Es un espectro del fugitivo.

Salta a la barquita. El Tíber. Roma se enriquece con un raro mendigo. Los miserables tienen un nuevo camarada. Un manto hecho jirones cuelga de sus hombros angulosos, se apoya en un báculo, lleva desnudos los pies y la cabeza. No lleva zurrón ni muda. El evangelista lo encontraría irreprochable: sigue, en todo, el modelo de la gran temporada cristiana. Negras guedejas le caen sobre los ojos, desfigurándole el rostro, ya seco y arrugado como una pasa. La obsesión del incógnito le tortura.

No se incorpora al gremio de hampones. Solo, hurtándose a los transeúntes, busca su refugio, un templo de la Virgen Madre, como en Edesa. Roma, que le vio nacer, le esconderá hoy solícita, como las madres de Belén escamoteaban algún niño a los verdugos de Herodes. La

popularidad —irracional tirana— amenaza, por todas partes, ahogarle entre sus brazos pringosos.

Por toda Roma hay esparcidos fragmentos de la adolescencia de Alejo: ahora puede ir seleccionándolos, tejer con los más penosos un cilicio. Su propia vida anterior, como a Agustín, puede ceñírsele al pecho: implacable, hiriente malla, donde por cada culpa brote un aguijón. El espíritu hallará así su verdadera cárcel. Los recuerdos —muros de niebla— le cerrarán el paso a toda fuga; los deleites poco llorados se le enroscarán como serpientes. Pasará el resto de su vida fustigándose con la anterior.

Alejo encuentra su templo. Abundan en Roma. El paganismo se refugió en los campos. No hay ya miedo de encontrar en la ciudad el brazo impúdico de Venus Capitolina. Los cristianos han destruido los templos del Amor. Claros, lindos, coquetones, invadían las colinas, se derramaban por toda la ciudad. Eran menudos, apenas podían contener el sacerdote, la víctima y el ara. Los fieles se sentaban en la hierba, bajo los árboles, mezclados los sexos, haciendo partícipes del rito jovial a todo el paisaje. La liturgia era un sabroso juego.

Ahora, sobre estos nuevos fieles se van abriendo altas bóvedas, se alzan muros en torno, se separan bien los sexos, porque el amor es el arma preferida de Satán. Altas basílicas, bien altas las ventanas, bien marcado el confín del reino del espíritu y el de la materia. Porque los árboles y las fuentes, el sol y la luna, el ocaso y la aurora, aún están impregnados de paganía. Al torrente circulatorio del idioma aún no se han incorporado las metáforas que han de fundir los elementos con los dogmas.

El nuevo espíritu no puede encender sus globitos rojos, sino en el seno de herméticos cenáculos. Aún imponen las catacumbas su tenebroso módulo. Pero ya desaparecieron aquellas multitudes que durante cuatro siglos veían en el templo una antesala del suplicio, rebaño trémulo, anillado, que esperaba oír, a todas horas, el paso del detective imperial.

Ahí están los hombres, alta la frente, suelto el ademán, cuchicheando sobre algún menudo error del subdiácono, sobre la venta de una cosecha de aceitunas. Ahí están las mujeres, extáticas ante la casulla recamada, ante la pompa eléctrica de las sedas, ante los voluptuosos terciopelos. Fuera, ya no les aguarda la muerte, sino el amor. El amor que ha crecido en incentivos, de puro esconderlo entre eléctricas sedas y voluptuosos

terciopelos. Ya no perecerá aterido, alguna noche, empapado de lluvia, ante la puerta de algún corazón hostil: será mejor abrigarlo en regazos de alcoba, sobre una ara doméstica, entre rosas de trapo, frascos de perfume, golosinas, juguetes. Porque el niño aterido ya se llama Jesús.

Mustio, abatido, sale el mendigo del templo como de un jardín donde se ha desvanecido el perfume. Siente hambre, ve puertas abiertas, llama tímidamente... Nadie acude. Dentro se oyen músicas, gritos. Una fiesta nupcial. Versos pícaros, voluptuosos epigramas. Alejo huye, llama a otras puertas, pasea su rostro macilento por las calles de Roma, pero ya Roma no conoce a su Apolo. Cruza por corrillos, por entre gentes amigas recostadas al sol. Siente el goce del absoluto incógnito; con los ojos en la tierra, sigue pidiendo un trozo de pan.

En una puerta le ofrecen uno entero. Abre los ojos para mirar aquella mano generosa, la mano de Adriana. Una mano prieta, rosada, llena de hoyuelos, remate de un brazo redondo, caliente, primoroso. Adriana contempla tiernamente al desconocido. Alejo toma el pan, murmura una oración... Y queda inmóvil, inútil para recomenzar su ritmo lento de mendigo. Huyó de un brazo, vuelve a él, la vida se le detiene en aquel punto... ¡La manecilla, Señor, la manecilla indicadora!

Segundo cilicio

Súbita, atropellándose, irrumpe en Alejo la idea. Recorrió el mundo, recorrió su juventud, se desprendió de todo, se recobró a sí mismo. El cilicio, el ayuno, las vigilias le borraron el rostro... ¡Ya ve claro! Allí tiene el cilicio que busca. ¡El cilicio del espíritu! Su propia casa será su refinada mazmorra; aquel brazo, su látigo implacable. Le verá ir perdiendo fragancia —varal de azucenas, un día—; le verá resquebrajarse, desmoronarse, convertirse en un poco de ceniza. ¡Señor, el otro cilicio no es nada, un poco de cáñamo, unas víboras de esparto que se cansan pronto de morder la carne, que acaban por intimar con los sentidos!

Alejo penetra, decidido, en el zaguán. Adriana le ve entrar, sorprendida. Acude Eufemiano, acude Aglae. Aquel mendigo quiere quedarse allí, como un perrillo, como un guiñapo que se retira de la calle. Alejo sigue andando, cruza el impluvio, llega a lo más secreto del hogar, como un autómata, como un sonámbulo que va detrás de un fantasma. Y se detiene al pie de la escalera.

Señor, hoy el mendigo, en medio de un hall, no pediría que le dejasen dormir allí, bajo la pomposa escalinata, cerca del teléfono, cable tendido al mundo, junto a mullidos divanes, fosas de la energía, bajo esas hembras de placer que bajan meciendo rítmicamente sus flancos insaciables, junto a esos otros flancos rubios de ágiles sirenas, de boca redonda, de nervios al vivo, desnudos, capaces de sonoras caricias, hiperestésicos, divinos. Señor, hoy este mendigo no pediría que le dejasen permanecer allí, bajo un diluvio de rosas eléctricas... ¡Pero estas escaleras de Roma, tan angostas, tan mezquinas! El arquitecto de esta casa creyó cándidamente en un divorcio de los pisos. Este cable fraterno que une dos planos, dos mundos vitales, es aquí una lóbrega espiral. ¡Bien, bien escogido tu cilicio de piedra!

Porque Eufemiano accede, pero en nombre de Alejo, del hijo que una noche, por misteriosos designios, huyó de la casa, no dejando en ella sino el nombre. En el nombre de Alejo y para rogar por Alejo. El mendigo rogará por sí mismo, se encogerá de humildad ante su propio nombre,

reliquia del hogar. Allí Alejo lo es todo, el mendigo —sin nombre, sin hogar, sin patria— no es nada. ¡Bien, bien escogido tu cilicio! El mendigo no es nada, un poco de humanidad hambrienta de desmoronarse, de romperse en cien astillas para dejar huir el alma. Un poco de lumbre divina en un chiribitil.

Aquel brazo verdugo, puede ya ceñírselo como una áspera soga. Toda la triste intimidad del hogar fracasado puede ya apretarle como una túnica de esparto. Una casa opulenta se vuelve del revés para ofrecerle la trama interior, como una vieja cortesana sin pintar que se brinda desnuda, desmoronada.

Porque todo el hogar se va derritiendo en llanto. Hosco, silencioso, Eufemiano arrastra su vejez como un harapo. Aglae se refugia en el templo, de donde sale cada día con una nueva arruga en la carne y una nueva llaga en el espíritu. No se le concede el don de olvidar; y a veces, en la alta noche, aún se escucha la voz plañidera:

—Alejo mío, ¿dónde estás? ¿Por qué fuiste tan cruel? ¿En qué pudimos ofenderte?

Y otra voz más joven, la de Adriana, resuena desde el tálamo nunca compartido:

—Si pensabas dejarme, ¿por qué hacerme llegar hasta tu alcoba? ¿Toda mi vida he de estar esperando? ¿No me puedes enviar un mensaje?

Y en el pecho del mendigo, siempre en oración, se va clavando, flecha a flecha, el doble treno. Adriana se revuelca, desesperada, en el lecho desierto. Aglae espía desde la ventana la venida de algún nuevo peregrino. Eufemiano, taciturno, encorvado, sigue arrastrando su vejez como un suplicio.

El mendigo se endurece en el silencio, bajo este duro castigo del tiempo: tiempo ceñudo, tiempo hostil que cada minuto se detiene, como un verdugo detiene su máquina, vuelta a vuelta de tornillo, para gozar sádicamente de la atroz agonía del reo.

¡Has logrado tu deseo, mendigo genial! ¡Hallaste el cilicio más cruel, tejido de duras fibras de tiempo, empapado en lágrimas, teñido de sombras, de tedios! Admirablemente montada tu fábrica de tristezas. Bien dirigida,

desde tu chiribitil, esta penosa elaboración de santidad.

Nada escatimas, mendigo. Criados jóvenes te acosan, se te burlan, te otorgan alguna vez el evangélico don de una bofetada. Cada pescozón es para ti un peldaño nuevo para escalar la soñada Ciudad de Dios. Y otras torturas: ahí están los viejos criados, Calícrates, Calpurnio, escondiendo sus burlas a la nueva fe. Una noche ofrecen libaciones a Baco, el frenético... El mendigo los ve acariciando procazmente la redondez de una ánfora vacía, como quien acaricia la grupa de Leda. Estas gentes apóstatas, ¡qué pronto vuelven, en sus horas sinceras, a los antiguos modos de vivir! Afrodita jocunda les sigue quemando las entrañas, aun después de teñidas en la sangre del Cordero. Ceres les sigue coronando de espigas, aun después de haberse desmenuzado en su garganta el Pan celeste, como Víctor el mártir entre las piedras del molino. ¡Antínoo les cautiva, aun después de conocer a Sebastián! ¡No, no es bueno cambiar de fe por real orden! Donde Sinforosa confesó a Cristo, colgada de las trenzas, seguirá alzado mucho tiempo el altar a Hércules, campeón de boxeo del mundo, comprendido el alto Urano.

Y Adriana, la intacta virgen de pechos duros, piedras angulares fracasadas en su propósito de afirmar la robustez futura de tan ilustre prole; Adriana, de apretado vientre, capaz de proveer a Roma de dos decurias de guerreros, de patricios, de poetas, hoy se retuerce como una undécima virgen prudente admitida sin plaza en el lecho del Esposo Celestial; hoy ve consumirse inútilmente el aceite de su lámpara.

Ya los pequeños obreros que comienzan por arar las frentes, se le deslizan por los ojos, se le ciñen a la boca, le recorren todo el rostro, lo dejan preparado para recibir la amarilla simiente del otoño. Los menudos genios del dolor exprimen las mejillas de Adriana, le sorben los jugos de su cuello, le escalan los senos, succionándolos, agotándolos, hasta hacer unos mustios espectros de aquellos *dos cabritillos mellizos que se apacentaban entre lirios*.

Toda la preciosa fábrica es cruelmente acribillada por los sombríos gnomos. Aquellas *columnas de jaspe* de sus piernas son ya apenas de escayola. Los hombros se afilan, se oscurece el *claro marfil* del vientre, Adriana se desmorona, se desdobla en una hilera de fantasmas de sí misma. Cada día, al traer el pan al chiribitil, añade al doloroso cilicio del mendigo una punta de acero.

¡Soñado cilicio! ¡Aquí está ya, cruelmente elaborado por manos de los verdugos inconscientes de la vida! Una voz que, día a día, va perdiendo su dulzura; unas manos que, día a día, van perdiendo su seda. ¡Genial mendigo, que supiste inventar el cilicio más doloroso de la tierra!

Apoteosis

Una mañana, ante Honorio y su corte, celebra Inocencio el santo sacrificio. Los fieles, en silencio, ven ascender un poco de nieve posada en los dedos del pontífice.

Llegó el instante de hacer desfilar ante las gentes el nuevo modelo de santo, la última creación ya plenamente realizada. La Virgen Madre se precipitó un poco en Edesa, como en Caná. Pero Jesús perdona siempre su ternura a las madres.

El mendigo va a convertirse en santo. En héroe camarada de Roldán, del Cid, de Carlomagno, de Isolda, de María de Egipto, de los Magos. De un montón de guiñapos va a brotar un querubín.

Se oye una voz en las alturas. La misma que detuvo a Saulo, la misma que azuzó a Juana, la que siempre detiene y empuja a los muñecos de Dios:

—¡Buscad el reino divino, y el Santo rogará por Roma! ¡El viernes abandona este mundo!

La noticia circula por Roma. ¡Un santo! El viernes toda la ciudad acude al templo para asistir al espectáculo. Allá van Inocencio, Honorio, Eufemiano, obispos, senadores, tribunos, diaconisas, centuriones, vírgenes, poetas, bailarinas, cómicos y plebe.

De nuevo se escucha la voz:

—¡Buscad el siervo de Dios en casa de Eufemiano!

Todos vuelven la cara hacia el viejo senador. Inocencio y Honorio le increpan:

—¿Por qué te lo callabas?

—¡Nada sabía, señor!

—¡A tu casa!

Y el Papa, el Emperador, los obispos, senadores, tribunos, diaconisas, centuriones, vírgenes, poetas, cómicos y plebe se dirigen a casa de Eufemiano. Algunos servidores se adelantan para aderezar la casa. Prisas, carreras, tapices, alfombras, festones de follaje, rosas, perfumes.

Todo se adorna, se perfuma, excepto el chiribitil. Allí está Alejo, ya cadáver, detrás de un montón de muebles retirados de la gran cámara donde va a penetrar el pontífice. Eufemiano indaga, inquiere:

—Señor —dice Adriana—, ¡como no sea ese pobre que hay bajo la escalera! Hoy ha muerto.

—¿Cómo?

—Sí, y ayer pidió un pergamino donde ha estado escribiendo. Querían quitárselo para reírse de él, pero el pobre se resistió. ¡Él, tan dócil!

Eufemiano corre al camaranchón. Allí, sereno, solemne como su propia estatua yacente, reposa el mendigo. En la diestra sujeta el pergamino. En vano se le pretende arrancar. Tal es la majestad de su actitud, que Eufemiano, absorto, cae de rodillas. Los harapos se le van, poco a poco, convirtiendo en púrpura; la ceniza de su rostro, en ámbar; sus manos, en marfil; la boca se le enciende; de todo el cuerpo fluye un aroma de nardos. Eufemiano corre hacia el pontífice:

—¡He visto el Santo!

Ni el Papa ni Honorio van al zaquizamí. Su pompa litúrgica no les permite agacharse. Traen el cuerpo en unas andas, lo instalan en el gran salón. Inocencio se hinca de rodillas y, humildemente, le pide a Alejo el pergamino. El Santo accede. Inocencio lo entrega al canciller Eusebio...

Y de nuevo se narra esta verídica historia. Adriana, Eufemiano, Aglae, el anillo, el ceñidor, Ostia, Laodicea, Edesa, la Virgen Madre... El cilicio de la carne, el cilicio del alma... La santidad de Alejo se destapa como una botella de champán. Eufemiano grita, Aglae llora, Adriana se desvanece. Honorio y el Papa se miran. ¡Un éxito del imperio y del papado! Los fieles aplauden, los cómicos lloran con Aglae.

—Canciller —dice Inocencio—, anota en el santoral a Alejo, confesor. Su tumba, en San Bonifacio. Su fiesta, hoy, 17 de julio. Rito, doble. Color, blanco. Que en todos los templos se cante el himno de Ambrosio y Agustín. Telegrafía esto mismo a toda la cristiandad.

—Y que volteen las campanas de todo el Imperio Romano —añade Honorio.

—Señor, es imposible. Aún no se han inventado las campanas. En otro caso, ellas hubieran volteado solas.

—¡Qué contratiempo! ¿Vamos, Inocencio?

—Vamos, Honorio.

Pero antes de salir, se arrodillan ante el cadáver, y redactan la oración que Eusebio recoge, taquigráficamente, para incluirla en el misal:

ORACIÓN

—¡Oh, Dios, que nos regocijas en la festividad anual de tu confesor San Alejo, concédenos benignamente que, pues celebramos su glorioso tránsito, imitemos también sus virtudes. Per Christum Dominum Nostrum.

Y todos responden:

—Amen.

Benjamín Jarnés



Benjamín Jarnés Millán (Codo, 7 de octubre de 1888-Madrid, 11 de agosto de 1949) fue novelista, narrador de cuentos y relatos breves, ensayista, biógrafo, crítico literario y traductor español perteneciente por edad a la generación del novecentismo, si bien su producción literaria se enmarca dentro de la prosa de vanguardia, por lo que corresponde, por afinidad estética, a la generación del 27.

Su primera novela importante, saludada y comentada por importantes

escritores, data de 1926, "El profesor inútil" (1926), donde se aprecia el intelectualismo y la tendencia ensayística típica entre los integrantes del Novecentismo. Dicha obra inaugura la colección "Nova Novarum" de la Revista de Occidente. Plantea el par arte-vida, con primacía de la segunda, mediante la introducción de diferentes muchachas, Ruth, Carlota, Rebeca, Herminia, sobre la que pivotan los episodios sueltos que constituyen el libro. Se incrementó en 1934 con nuevas heroínas y muchos otros retoques. Recién publicada su siguiente novela, "El convidado de papel" (1928), recibió una carta de apoyo de Azorín.

Defensor de la Segunda República, en el final de la Guerra Civil se exilió a Francia y posteriormente a México (mayo de 1939) en el buque Sinaia, a bordo del cual escribe un diario materializado en el cuaderno Alta mar. Sólo regresó a España, muy enfermo ya, en 1948. Falleció a los 60 años, el 11 de agosto de 1949 en Madrid.